

del presidente Hipólito Yrigoyen, hasta el gran cirujano Trueta, carismática estrella del congreso mundial de cirugía celebrado en Buenos Aires durante la presidencia de Perón. En nuestros días, aunque alejado de la práctica de la medicina, el presidente del gobierno autónomo catalán —don Jordi Pujol— visitó la Argentina, huésped de honor de la ciudad y del presidente Alfonsín, mostrando a este país el alto nivel alcanzado en todos los órdenes por los profesionales y científicos de la emigración y el exilio peninsular.

Del pasado al presente, una larga cadena de nombres preside y signa la actividad médica, que en el exilio se integró a la sociedad argentina. Con hemos dicho, al azar del recuerdo damos algunos nombres entre todos los que aquí reformaron o completaron su personalidad con la amplitud de una cosmovisión que los convirtió en ciudadanos del mundo.

Juan Medina Tur, joven médico en Ibiza, formó parte, con su esposa e hijo, de los que cayeron en la paupérrima Santo Domingo, logrando pasar al continente e iniciando una larga carrera paramédica, como visitador de un importante laboratorio norteamericano de específicos; allí alcanzó la gerencia de aquella compañía para la Argentina, y ya jubilado rindió exámenes de todas las materias de la carrera para poder ejercer nuevamente su profesión. Estas muestras de la aventura y la anécdota son hitos de la pequeña historia médica del exilio y conforman un panorama vital de aquellos médicos y su medicina en este país.

J. Martín Echeverría, médico clínico de larga experiencia en España, fue destinado al Brasil como secretario de la embajada española, y al finalizar la contienda se radicó en Buenos Aires con su familia.

Enrique Rodríguez, médico clínico, revalidó su título en la Universidad del Litoral y se instaló en San Rafael (Mendoza) donde obtuvo rápidamente fama por sus aciertos diagnósticos y terapéuticos.

Felipe Jiménez de Asúa, profesor de histopatología, fue contratado por la Universidad de Córdoba, desempeñando la cátedra de histología con docencia ponderable y recordada. Durante la guerra civil fue ministro plenipotenciario y encargado de negocios en Buenos Aires. Escribió un tratado de histología que fue libro de texto en otras casas de estudios.

Francisco Bergos Ribalta fue profesor auxiliar de anatomía y director de la Escuela de Enfermeras en la Universidad de Barcelona. Exiliado en Buenos Aires y Montevideo, fue director de la defensa pasiva en el Uruguay.

Juan Aguilar, exiliado en Córdoba (Argentina) ejerció la docencia en traumatología y ortopedia con singular repercusión. Con sus hermanos concertistas había contribuido al cuarteto en el que Francisco Aguilar se destacó internacionalmente como laudista.

Algunos colegas arribaron al exilio en circunstancias que no hicieron posible la reválida y el ejercicio profesional. Dedicados a tareas extramédicas, dieron ejemplo de laboriosidad y talento en temas alejados de su profesión, pero permanecieron frecuentando no sólo a sus colegas, sino participando activamente en la vida colectiva de la España peregrina: el doctor Constantino Salinas tuvo una larga ejecutoria entre los dirigentes del Centro Republicano Español y otras entidades democráticas de la emigración.

Luis Martínez Antonissen, de padre vasco y abuelo noruego, fue conocido por su apellido materno. Desde niño pasaba los veranos en Roncesvalles, pintoresco pueblito pirenaico de Navarra, lugar mitológico de la canción de Rolando. La sublevación militar iniciaba allí para Antonissen lo que sería «el largo verano de 1936».

Dominada Navarra por la sublevación, los médicos fueron inducidos a ofrecer sus servicios al ejército. Antonissen no se ofreció, motivando el enojo de quienes conocían sus convicciones democráticas. Tuvo que esperar las nieves invernales para eludir la vigilancia fronteriza y poder escapar a Francia. A pesar de conocer la leyenda de Rolando y la geografía del lugar, fue difícil la travesía. Desorientado, agotado, ya de madrugada alcanzó a llegar a una choza de leñadores que lo alojaron y orientaron para poder llegar a Bayona; viajó por el sur de Francia para llegar a Barcelona y al pueblo de Dosaigües, donde vivía su novia, y seguir viaje a Valencia, donde, voluntario, colaboró en la organización de la 24 Brigada; recibió la medalla al valor a raíz de la batalla del Jarama, y siguió en primera línea en Madrid y en el Ebro hasta el final de la guerra.

Otra vez internado en Francia, escapó del campo de St. Cyprien y reunido con su esposa y familia pudo llegar a Buenos Aires. Fue contratado por Glaxo como asesor científico, y después, en Montevideo, con el mismo cargo, en los Laboratorios Roche. Falleció en esta ciudad en 1957 a los cuarenta y cinco años.

Juan Benavente, fisiólogo con clientela importante en su ciudad de Valencia, tuvo en el exilio actividades de modesta hotelería para sobrevivir dignamente, permaneciendo entre los asiduos organizadores y concurrentes a los actos de las entidades de la democracia española, y afines argentinas.

Miguel Cadenas, médico militar y odontólogo, revalidó sus títulos y ejerció con singular éxito su profesión. Había producido trabajos sobre cirugía maxilofacial de guerra que le dieron renombre en España y en Argentina.

El profesor Mayoral aplicó en España los adelantos bacteriológicos a las afecciones bucales. Su hijo José, en Buenos Aires, fue especialista en ortodoncia de la que se le consideraba maestro.

Manuel Bastos Ansart, aunque no fijó su exilio en Argentina, su repercusión internacional como maestro de la ortopedia nos hace recordar la anécdota que refería humorísticamente respecto a su encarcelamiento en España durante la guerra civil, y cómo pudo hacerse internar en un instituto psiquiátrico para salvar la vida y escapar después a México, de donde viajó a Buenos Aires en gira de conferencias sobre su especialidad. Su tratado de traumatología y ortopedia fue libro de texto en las universidades españolas.

Otra truculenta aventura vital es la del doctor Julio Castro, que al principio de la contienda se fabricó una especie de cueva o excavación en su dormitorio sevillano, donde se encerraba para sobrevivir a varios registros de la vivienda, hasta 1941, dos años después de terminada la guerra. En Buenos Aires representó a varias editoriales, sin ejercer oficialmente la profesión. Sus artículos y conferencias sobre temas médicos lo hicieron permanecer en la órbita profesional hasta su muerte en esta ciudad.

Angel Garma está reconocido como el introductor del psicoanálisis freudiano en la Argentina. Trabajó personalmente en Viena con el fundador y creador del sistema de

ideas y tratamiento, que en Buenos Aires ha tenido una pléyade de seguidores, discípulos, pacientes y admiradores. Escritor de varios libros de su especialidad, cuenta con una obra docente de reconocida trascendencia internacional.

Entre los exiliados de la segunda generación, varios fueron discípulos de Angel Garma: la psicóloga Isabel Luzuriaga, y los analistas Jaime Tomás y Luis Córdoba (hijo).

Fernando Martínez Sans es médico clínico. A los pocos días de iniciada la guerra civil en España, se incorporó a los defensores y permaneció en distintos frentes como médico hasta el final de la contienda. Al término de la misma fue detenido y sometido a distintos procesos, condenado a treinta años con sucesivas libertades condicionales y detenciones, permaneciendo encarcelado por un total de siete años entre 1939 y 1949, cuando clandestinamente escapó a Francia por caminos similares a los del doctor Antonissen.

Desde París, trabajando en la Cruz Roja, reclamó a su familia y embarcó para la Argentina. Gracias a la influencia de su amigo Gómez Paratcha, fue contratado por una importante empresa internacional de seguros como jefe de su departamento médico; al jubilarse continuó trabajando en carácter de clínico consultor.

Martínez Sans ha sido incluido en la nómina de oficiales jubilados del ejército español, casi medio siglo después de la guerra, en tardío reconocimiento, como la mayoría de quienes permanecemos postergados hasta el presente.

Jaime Valls Dalfo, muy cerca en el recuerdo y la amistad en la Facultad de Medicina de Barcelona; era estudiante de quinto de medicina cuando se inscribió en la Escuela Popular de Guerra de Barcelona a poco de iniciada la guerra civil. Por su actividad como jefe de una batería de artillería fue ascendido a capitán. Al final de la guerra escapó del campo de concentración Argeles Sur Mer, y consiguió embarcar en el *Winnipeg* y llegó a Chile. En Santiago trabajó en una fábrica de zapatos y comenzó de nuevo la carrera de médico, materia por materia. Una vez doctorado, fundó la Mutualidad Catalana, publicó una importante tesis sobre la enfermedad de Chagas y se convirtió en clínico de renombre en la colonia española de la capital chilena.

Alfonso Díaz Trigo tuvo una gran actividad en Buenos Aires como médico y como galleguista; alcanzó el profesorado de historia de la medicina en la Universidad de Buenos Aires, cátedra en la que se reunió un selecto grupo de estudiosos, colegas y discípulos.

De sus trabajos en la cátedra de historia se recuerdan: *Ambrosio Paré, La medicina en la edad media, La institución del protomedicato*, y su trabajo más extenso sobre *La medicina en las grandes civilizaciones indígenas de Hispanoamérica*.

Estanislao Lluesma Uranga, nacido en Argentina, tuvo una ascendente carrera hacia la docencia universitaria en Madrid, donde residió desde la infancia. En Rumania se especializó en clínica médica y neurología con Danielopolu en Bucarest, siendo compañero de doctorado con Ana Aslan, y en el estudio del método pletismográfico. En Praga estudió cirugía plástica con el profesor Burian y en París trabajó con Thierry de Martel siendo profesor ayudante de clínica quirúrgica en la Facultad de Medicina de Madrid. Exiliado en Buenos Aires, fue cirujano asistente por concurso del Hospital Rawson y encargado de la sección de cirugía neurovegetativa del profesor Enrique Finochietto. Publicó en Buenos Aires un completo tratado sobre el sistema neurovegeta-

tivo, síntesis de su experiencia y estudios en las facultades europeas, donde había sido becado por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas de Madrid.

El doctor Justo Gárate en España fue jefe de la sala de clínica médica del Hospital General de Santander. Se creó un gran prestigio que trascendió las fronteras de su región. Exiliado, fue contratado como profesor de clínica médica por la Universidad de Mendoza, donde adquirió rápidamente el reconocimiento de sus méritos profesionales, así como los de su atrayente personalidad humana; alcanzó en 1957 el vicedecanato y el cargo de consejero de la Facultad de Medicina. Colaboró en *Euzko Deya* y en el *Boletín de Estudios Vascos*.

El profesor Gumersindo Sánchez Guisande fue uno de los más representativos y respetados de los exiliados españoles. Fue maestro no sólo de anatomía humana, sino de historia de la medicina, poseedor de una personalidad didáctica y una gran cultura humanística.

En España fue profesor de anatomía de la Universidad de Zaragoza. En el exilio de Buenos Aires se integró al grupo médico español de Mendoza, cuya universidad supo crear para ellos ambiente propicio para las actividades de docencia e investigación. Sánchez Guisande dio tres hijos a su segunda patria, que han seguido su trayectoria médica y cultural, colaborando —aún jóvenes— en una obra paterna de gran aliento: la *Breve historia de la medicina*. Fruto de sus meditaciones en el exilio, Sánchez Guisande vertió en aquel pequeño y muy denso libro, sus conocimientos históricos con sintética precisión.

Emilio Mira y López nació en Santiago de Cuba (1886), donde su padre médico había sido enviado para el estudio de la fiebre amarilla. Doctorado en medicina «cum laude». Psicólogo y psiquiatra, integraba el grupo de jóvenes profesores que renovaban la Universidad de Barcelona. Alcanzó renombre universal con una larga labor imaginativa y moderna en psiquiatría, en las revistas médicas, en investigación y orientación profesional. Creador del método de diagnóstico mioquinético. Pasó los primeros años del exilio en Buenos Aires, continuando activa labor docente y profesional; dictó conferencias y cursos publicando numerosos textos. Su *Manual de Psiquiatría* sigue repitiendo ediciones, vigentes en la actualidad. Contratado por el gobierno de Santa Fe como director de psiquiatría de aquel Estado, posteriormente en el Brasil fue director del «Instituto de Psiquiatría Presidente Vargas». De su extensa lista de obras recordamos sólo *Cuatro Gigantes del Alma: el miedo, la ira, el amor y el deber*. Los últimos años de vida en Brasil cierran con *Psicología de la vida moderna*, la obra escrita de este «catalán de América», donde nació y murió (1964).

El doctor Javier Cortada, exiliado en Buenos Aires, alcanzó la gerencia de la Editorial Científica Labor, con eficacia ejecutiva y sólida cultura científica.

El doctor Manuel Miñones, dedicado a la medicina en Galicia, consiguió exilarse en Buenos Aires, donde sobrevivió con trabajos extramédicos. Su familia fue diezmada por la represión, cuya huella marcó el sensible carácter de un colega recordado por quienes le conocieron en su frecuentada Avenida de Mayo.

El doctor Tomás Pumarola fue médico en Barcelona, donde sus hijos actúan en la docencia en la Facultad de Medicina. Pumarola fue director del Hospital de San Pablo